

# MARIAANGELES

No era especial. Solo un chico blanco. Un chico blanco cualquiera. Pelo castaño, ojos marrones, estatura media, peso medio. Igual que otros diez, veinte o treinta millones de chicos blancos estadounidenses. Nada especial.

La primera vez que le vi se acercaba por el pasillo. Al otro lado del pasillo de mi casa había un piso que llevaba un año vacío. Normalmente los pisos de nuestro bloque se ocupan enseguida. Como los subvenciona el gobierno son baratos, para gente que no tiene nada en este mundo y que, aunque siempre estén diciéndonos lo contrario, sabe que nunca lo tendrá. Hay listas de espera. Largas, y no paran de crecer. Pero nadie quería vivir en aquel. Tenía mala fama. El hombre que vivía allí se volvió loco. Antes era normal. Vendía recuerdos frente al estadio de los Yankees y tenía esposa y dos hijos pequeños, monísimos. Luego empezó a oír voces y mierdas de esas y comenzó a despotricar sobre demonios y diablos y a decir que él era lo único que se interponía entre nosotros y el fin. Perdió el trabajo y empezó a vestir todo de blanco y a intentar tocarle la cabeza a todo el mundo. Le dieron alguna que otra tunda y le prohibieron la entrada en la iglesia. Le gritaba a la familia y ponía música de órgano toda la noche. Maldecía a los demonios y rogaba al Señor. Aullaba como un perro. Ni siquiera permitía que su familia se marchara. Dejamos de oír música y empezó a oler y mamá llamó a la poli y lo encontraron colgado de la ducha. Con un hábito blanco como un monje. Ahorcado con un

cable eléctrico. Encontraron a la mujer y los niños con las muñecas y los tobillos atados con cinta aislante y la cabeza cubierta con bolsas de plástico. Una nota decía que se habían ido a un lugar mejor. Quizá los demonios lo atraparan, o los diablos, o el Señor lo abandonara. O quizá simplemente se cansó. Y quizá sí se fueron a un lugar mejor. No lo sé, y probablemente, como no creo en lo que creo, no lo sabré nunca. Y de todas formas daba lo mismo. Todo el mundo se enteró y nadie quería vivir allí. Hasta que llegó Ben. Se acercó por el pasillo con una mochila y una maleta vieja y se instaló de inmediato. O no sabía lo que había ocurrido o no le importaba. Se mudó al puto momento.

Era el único blanco del edificio. Salvo por los judíos propietarios de las licorerías y las tiendas de ropa, era el único blanco del barrio. Todos los demás éramos puertorriqueños. Y un puñado de dominicanos. Además de algunos cabrones negros de la vieja escuela. Todos pobres. Cabreados. Preguntándonos cómo mejorar y conscientes de que no había manera. Las cosas eran como eran, las cosas son como son. Un puto gueto de mierda en una ciudad de Estados Unidos. Son todos iguales, coño. Ben no parecía darse cuenta. No le importaba estar fuera de lugar. Iba y venía. No hablaba con nadie. Entre semana vestía una especie de uniforme como de poli de mentira que nos hacía reír. Pasaba la mayor parte del fin de semana en casa, menos cuando salía a beber. Entonces lo veíamos inconsciente en los bancos de delante de los bloques, cerca del parque. O en el pasillo, con la camisa vomitada. Una vez llegó dando tumbos a casa un domingo por la mañana y llevaba los pantalones mojados e intentaba cantar a pleno pulmón un tema rap que tendría unos veinte años. Mi hermano y sus amigos se pusieron a cantar con él, en plan burla, y el tipo estaba demasiado borracho para darse cuenta. Empezamos a pensar que sabíamos por qué vivía entre nosotros. Por qué no le importaba estar fuera de lugar, no pertenecer a aquel sitio. Pensábamos que en su

lugar de origen ya no le querían. Que lo habían echado. Y teníamos razón, su gente lo había echado a patadas, solo que nos equivocamos en el motivo.

La primera vez que hablé con él fue en el pasillo. Haría seis meses que se había mudado y mi hija y yo salíamos del piso a helarnos de frío un rato delante del bloque. Él tenía la puerta abierta y hablaba por teléfono, en calzoncillos y camiseta. Mi hija tendría año y medio. Estaba aprendiendo a hablar. La niña le dijo hola, pero él no contestó. La cría es como su madre. Cuando le digo algo a alguien espero que me conteste. Como espera todo el mundo. Es cuestión de respeto básico. Que te reconozcan como ser humano. De modo que la niña volvió a saludar y él no hizo nada. Así que le dije hola gilipollas, es que no sabes comportarte como un vecino como es debido y contestar, coño. Y se puso nervioso y como asustado y dijo **perdón**. Y entonces mi niña dijo hola otra vez y él le respondió, y la cría sonrió y le abrazó la pierna y el tipo se rió y yo le pregunté qué hacía en el pasillo en calzoncillos y con la puerta abierta y el teléfono en la mano. Dijo que esperaba una tele nueva, que se había comprado una de oferta y que se la iban a traer. Le advertí que era mejor que tuviera un cerrojo cojonudo, que por aquí andan cabrones que matarían por una puta tele, de verdad. Él sonrió, todavía con aire nervioso y asustado, y dijo **sí, creo que el cerrojo está bien, lo comprobaré**. Y ya está. Le dejamos de pie en el pasillo. Esperando el televisor.

También sé que le trajeron la puta tele porque comenzamos a oírla. Banb bang bang. Explosiones. Helicópteros y aviones. Le oíamos gritar y chillar **sí, sí, sí, te tengo, cabrón, qué te parezco ahora, eh, gilipollas, qué te parezco**. Le oíamos andar de un lado a otro, dando vueltas. Me asusté un poco porque recordaba al loco que mató a la familia y empecé a preguntarme si el piso aquel no estaría encantado. Le pedí a mi hermano, que había dejado los estudios el año anterior y seguía por casa, que se acercara a

la puerta a escuchar. Mi hermano se puso todo serio y escuchó con mucha atención y al regresar me dijo la cosa está chungu, Mariaangeles, chungu, chungu, tenemos a un paliducho enganchado a los videojuegos al otro lado del pasillo, será mejor que reúna a los colegas y nos ocupemos del asunto. Me reí, y sabía que no debía. Pero así es la vida, quieres a los tuyos y no confías en la gente que no es como tú. Si yo me hubiera mudado a un barrio blanco y uno de mis vecinos empezara a oír tiros y gritos, un puto ejército de polis me tiraría la puerta abajo a patadas. Es lo que hay.

A mi hermano le gustaban los videojuegos. Empezó a pasarse el día en el piso de Ben. Consiguieron un juego de baloncesto y otro de coches que daba más puntos cuantas más personas atropellabas. Comenzaron a ver los partidos de los Knicks y a beber cerveza juntos y a veces a fumar hierba. Le dije a mi hermano que se anduviese con ojo porque los blancos pueden ser muy astutos y uno nunca sabe lo que quieren. Yo creía que todo lo que me había ido mal en la vida había sido por culpa de los blancos, y la mayoría parecían judíos. A mi papá lo metieron en la cárcel cuando yo era pequeña. Mi mamá tuvo que pasarse la vida limpiando casas. Mis maestros, que fingían preocuparse por nosotros pero en realidad nos tenían miedo y nos trataban como a animales, eran blancos. Los blancos son los polis, los jueces, los caseros, los alcaldes, la gente que lo dirige todo, los dueños de todo. Y no piensan soltar nada, ni compartirlo. Los ricos se ocupan de los ricos y se aseguran de seguir siendo ricos, y hablan de ayudar a los pobres, pero si lo hicieran no seríamos tantos. Y una cosa era tener a un blanco viviendo al otro lado del pasillo y saludarlo de vez en cuando y verlo emborracharse o vestirse con un uniforme idiota, pero otra cosa era que mi hermano se pasase todo el día con él. No me pareció que fuera a traer nada bueno.

Mi hermano ni siquiera me escuchó. Nunca lo hacía. Ojalá lo hubiera hecho, quizá todavía siguiese con nosotros. Esta vez, sin embargo, mi hermano tenía razón y yo estaba

equivocada. Incluso antes de saberlo, antes de convertirse en lo que se convirtió, antes de la revelación, Ben estaba bien. Ni más, ni menos, solo bien. Lo descubrí por primera vez cuando mi hermano me llevó a su piso. Se había hartado de que le dijera todo el tiempo que el blanco no era bueno, así que un día me dice o te vienes conmigo y ves que es majo o te callas la puta boca con eso de que me paso el día allí. Yo no soy de las que se muerde la lengua, lo he hecho muy pocas veces en la vida, así que le acompañé. Nos aseguramos de que mamá estuviera bien y cruzamos el pasillo y llamamos a la puerta y él abrió en calzoncillos y camiseta manchada de salsa de tomate y mi hermano empezó a hablar.

¿Qué tal, Ben?

Ben se limpió la grasa de la cara y le respondió.

¿Qué tal, Alberto?

Estas son mi hermana Mariaangeles y su hija Mercedes.

**Sí, nos conocemos.**

Ben me miró.

¿Qué tal?

Lo fulminé con la mirada.

¿Vas a invitarnos a entrar?

**Supongo.**

Abrió la puerta. Entró. Y entramos y nos pusimos a mirarlo todo. En el salón había una tele grande. Un sofá viejo y mugriento con quemaduras de cigarrillo que parecía hecho con moquetas usadas. Discos y mandos de videojuegos. La cocina daba asco. Cajas de pizza. Latas vacías de sopa y de pasta con las cucharas y los tenedores todavía dentro. Bolsas llenas de basura en el suelo. Abrí la nevera porque me apetecía un refresco o algo y dentro solo había un poco de ketchup y nada más. Olía a comida podrida y cerveza rancia. Fui al dormitorio y vi un colchón en el suelo y una almohada. Algo de ropa por el suelo. En el armario colgaba el uniforme, la única cosa que parecía cuidada. El cuarto de baño, el cuarto de baño donde encontraron colgando a aquel hombre, estaba peor que la cocina. Manchas en el lavamanos y en el váter.

Pañuelos de papel asomando de una papelera pequeña. Ni rastro de papel higiénico, y dudo que Ben hubiera limpiado alguna vez aquel lavabo. Incluso para lo que nosotros estábamos acostumbrados, tenía mala pinta. Y más que mala pinta o sucio o asqueroso, daba pena. Muchísima pena. Como si el tipo no pudiera hacerlo mejor. Como si creyera que era normal que un adulto viviera así. Me hizo pensar que no tenía a nadie que cuidara de él. Como si estuviera completamente solo. Solo y en un lugar que no era el suyo porque no tenía a donde ir y nadie con quien estar. Si hubiese tenido a alguien, habría hecho algo por él. Pero no había nadie. Estaba solo. Regresé al salón. Bang bang bang. Alberto y él estaban matando nazis, lanzándoles granadas. Mercedes estaba sentada en el suelo masticando su mantita y viendo explotar gente en el televisor. Demasiado. Bastante fealdad hay en el mundo sin necesidad de añadirle más. Demasiado, dije, y le di una colleja a Alberto. Se puso como loco, dijo ya sabías lo que hago aquí, no haber venido. Le pedí que jugaran a otra cosa, a un juego en que no saltasen chorros de sangre por todos lados, y Ben dijo **jugaremos al baloncesto** y cambió el disco. Mientras lo hacía le pregunté de dónde era y me dijo **Brooklyn**, y si tenía familia allí y me dijo **sí**. Le pregunté si los veía, dijo **no**. Le pregunté por qué y dijo **porque no**. Le pregunté desde cuándo y dijo **hace mucho**. Le pregunté cuántos años tenía y dijo **treinta**, le pregunté dónde vivía antes de venir aquí y me dijo que no quería hablar de eso. Sus respuestas me entristecieron. Siempre había pensado que los blancos llevaban una buena vida. Hasta los peores blancos lo tenían mejor que yo y que cualquiera que conociera. O eso creía. Pero aquel chaval no lo tenía mejor. Lo tenía peor. Solo con sus videojuegos en un apartamento de mierda en el que nadie más querría vivir. Yo al menos tenía a mi niña y a mi familia. Él lo tenía mucho peor.

El juego volvió a cargarse y no quise quedarme porque me deprimía y me entristecía, así que cogí a Mercedes y nos volvimos a casa. Y eso fue todo. Durante una larga

temporada. Unos seis o nueve meses más o menos. Alberto jugaba a videojuegos con Ben. Le veía por ahí. De uniforme durante el día, borracho por la noche, a veces en ropa interior en el pasillo mientras esperaba una pizza. Cumplí dieciocho años. Salí con unas amigas de los bloques de protección oficial y algunas de cuando estudiaba. Eran todas más o menos de mi edad y casi todas estaban en una situación similar: sin título, con uno o dos críos, un par de ellas con tres, un novio que andaba por ahí pero como si no estuviera y ningún sitio al que largarse, ninguna perspectiva de mejora. Solo formas de ir tirando ese día, esa semana, ese mes. Una de las chicas iba bien vestida y llevaba un reloj bonito y olía como a perfume barato y empezó a contar que trabajaba de bailarina y ganaba un montón de dinero. Dijo que había que tener dieciocho años, pero que bailando en clubes podías sacarte trescientos, cuatrocientos o incluso quinientos pavos la noche. Empezamos a acusarla de prostituta pero ella dijo que no, que bailaba desnuda en el escenario y también en privado para algunos clientes que le daban pasta. Era fácil. Venían hombres de Manhattan que le contaban a su mujer que estaban en una reunión o que se habían quedado a trabajar hasta tarde o que se habían acercado a ver un partido de baloncesto en el Yankee Stadium. Los tipos eran idiotas y no costaba hacerles creer que habían pillado cacho y cuanto más conseguías que se lo creyeran más te pagaban. Dijo que no era un oficio para beatas, eso de frotarse el culo y las tetas delante de blancos, pero ninguna de nosotras iba a misa y una buena ducha al final de la noche lo limpiaba todo, en especial porque estabas sacándote mucha pasta. Dijo que quizá se fuera del barrio. Buscaría un lugar donde sus hijos pudieran estudiar en un buen colegio. Porque aunque la mayoría habíamos dejado los estudios, sabíamos que la única forma de salir de allí era con una educación. Solo que ninguna lo consiguió.

Al día siguiente telefoneé a la chica. Me llevó al club, conocí al gerente. Un gordo blanco de Westchester. Me

mandó quedarme en bragas y sujetador y enseñarle cómo bailaba. Me mandó frotarme el culo en su entrepierna y las tetas en su pecho y susurrarle al oído guarradas que su mujer nunca le diría. Empezó a sobarme y le pregunté qué hacía y me dijo que probaba a todas las chicas antes de dejarlas actuar. Me dieron ganas de vomitar. Pero necesitaba el dinero. Mamá no tenía trabajo y nadie sabía qué coño hacía Alberto. Me dieron ganas de vomitar. Pero le dejé hacer. Le dejé hacerlo todo. Probó lo que quiso. Qué ganas de vomitar, joder.

Comencé a trabajar al cabo de unos días. No era difícil, pero tenía que cerrar una parte del corazón, una parte de mi alma. Antes solo había estado con tres hombres. Uno cuando tenía doce años. El padre de Mercedes, con el que estuve desde los catorce hasta que me dejó cuando cumplí diecisiete. El gerente. A excepción del gerente, había esperado. Había intentado asegurarme de que me querían. Yo sé que los quería. Habría hecho cualquier cosa por ellos. Creí que ellos sentían lo mismo por mí, que me querían igual. Pero el amor es distinto para cada persona. Para algunas personas es odio, para otras alegría, para otras miedo, para otras celos, para otras tortura, para otras paz. Para algunas lo es todo. Para mí. Todo. Y para permitir que un hombre me tocara así, o para tocar a un hombre así, tenía que haber amor. De modo que me cerré. A cal y canto. Enterré algo. Y bailé y toqué y susurré y los empalmé y los llevé el máximo de lejos el máximo de tiempo. No lo sabían, pero a mí me quitaban más. Una ducha al final del día no bastaba. Ni de lejos. No limpiaba nada.

Trabajaba tres noches a la semana, a veces cuatro. Comencé a ahorrar. Le compré a Mercedes ropa que no era de segunda mano, algunos zapatos nuevos. Le compré un jersey a mi mamá y le regalaba revistas nuevas cada semana. No metí ni un duro en el banco porque sé lo que pasa con los blancos y sus bancos. Lo guardé. Donde Alberto no miraría jamás. Donde a nadie se le ocurriría

mirar. Un par de meses, un par de meses más. Ganaba bien pero sufría. Y cambiaba. Guardármelo todo dentro y hacerme la dura todo el tiempo empezó a pasarme factura. Una de las chicas me pasó para fumar y me ayudó un poco. Así que fumaba cada vez más. Y me ayudaba. Más que una ducha ni ninguna otra cosa. Pero cuando se pasaba el efecto dolía todavía más, así que fumaba más. Dormía, trabajaba y me colocaba. Empecé a hacer cosas que nunca habría hecho porque me daban lo mismo, porque sufría tanto que un poco más de sufrimiento daba igual. Y significaban más dinero. Una noche estaba trabajando y Ben entró y una de las chicas sonrió y dijo mira quién ha venido. Y le pregunté qué pasaba con Ben y me contó que era un blanco fácil. Llegaba con la paga, se emborrachaba y se la gastaba toda. Le conté a la chica que Ben vivía en mi bloque y que era para mí. Me dio la vara durante un minuto pero le aclaré hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Estaba gastándome demasiado dinero y necesitaba más. Mamá estaba enfermando y Mercedes estaba enfermando y tenía que llevarlas al médico y no tenía seguro. Y necesitaba más.

Me acerqué a Ben. Ya estaba borracho. Me sonrió y dijo **hola** y yo le dije hola, nene, me alegro de verte. Ni siquiera le pregunté. Le cogí de la mano. Lo llevé a la habitación donde bailaba. Y me lo trabajé, le di lo que todos los hombres querían y le susurré al oído las cosas que podríamos hacer de vuelta en casa ahora que sabía la clase de chico que era. Le dije que quería chuparle la polla y quería que me follara, que lo montaría día y noche sin descanso, que me mojaba solo de pensarlo. Y seguí pidiendo copas y pasándoselas. Continué. Y a él le pareció bien. Quería más. Y al cabo de una hora se marchó. Había perdido la cabeza y el dinero. Y me sentí mal porque le conocía y sabía que no era mal tipo. Únicamente estaba triste. Y solo. Un hombre sin nada ni nadie, solo en aquel piso donde nadie quería vivir, con su tele y sus juegos y sus cajas de pizza y sus latas de sopa y su basura y su triste colchón y su lavabo sucio. Solo era eso. Perdió el conocimiento. En

la silla, con mi culo entre las piernas. Entraron los gorilas y se lo llevaron. No llevaba carnet de identidad ni de conducir ni tarjeta de crédito. Nada con su nombre o su dirección. Les dije que era mi vecino y que sabía dónde vivía. Iban a tirarlo a la calle, al arroyo. A dejarlo allí. Donde podía pasarle de todo. Yo sabía que ya había estado en la misma situación. Y que lo había pasado chungo, eso lo sabía seguro. Les dije que al menos podía acompañarlo al bloque. Me había quedado con todo lo que tenía y pensé que era lo mínimo. Paramos un taxi y lo metí en el asiento trasero a dormir. Me senté a su lado. Roncaba como un bebé. Y cuando llegamos a los bloques el taxista me ayudó a bajarlo del coche. Y lo acompañé al bloque y al ascensor. Lo acompañé por el pasillo hasta su puerta. Y lo dejé allí. Me largué y me coloqué. Me gasté parte de su dinero en lo que necesitaba. Y cuando regresé a casa más tarde, él seguía allí.

Volví a verlo al cabo de un par de días. Ben regresaba a casa en uniforme y yo salía hacia el trabajo. No nos dijimos nada. Ni siquiera sé si se acordaba. Tenía aspecto triste y nervioso, como siempre. Y no volví a verlo hasta mucho tiempo después. Ya no era el mismo. Había cambiado. Había cambiado y se había convertido en otra persona. Se había convertido en algo en lo que yo no podía creer. Y luego sí. Creí. Creí.